

Los Bicentenarios: ni triunfalismo ni pesimismo

Carlos Sabino

1. Enfocando el problema

Largo y complicado es el camino que han recorrido las naciones de América Latina desde su independencia y, por esa razón, no resulta fácil arribar a una visión que capte con objetividad lo acontecido desde entonces: 200 años son una inmensidad para la limitada perspectiva de los individuos, aunque un intervalo moderado desde la perspectiva histórica de las civilizaciones, los imperios, las formas de organización social y los modelos políticos.

Muchas son, naturalmente, las actitudes que hoy existen ante tan remotos hechos: estas van desde el regocijo nacionalista de quienes celebran la fecha como el punto de partida para la construcción de naciones libres y destinadas a grandes logros, hasta el pesimismo de quienes piensan que ninguna verdadera independencia se ha alcanzado, que no hay nada que celebrar y que todavía vivimos un presente de pobreza, desigualdad y confusión. Lo que nos interesa en esta breve presentación, sin embargo, no es lanzar gritos de júbilo complacientes ni amargas críticas, sino recapitular lo sucedido para apreciar cómo ha cambiado, en estos dos siglos, la libertad de los seres que vivimos en estas tierras.

La historia no es un tribunal en que el investigador otorga premios y castigos, ni tiene por objeto evaluar la acción de los que nos precedieron como si ellos tuviesen nuestros conocimientos y nuestra propia experiencia; es, por el contrario, un intento por comprender las circunstancias en que se tomaron las decisiones del pasado, situándonos de algún modo en el entorno en que otros hombres, con sus propias ideas y ante sus inmediatos problemas, tuvieron que adoptar decisiones cuyas consecuencias no era posible determinar en el momento.

Dos errores contrapuestos, simétricos, suelen cometerse al evaluar la historia de las sociedades: por un lado existe la tentación de pensar en un determinismo estricto, como si hechos lejanos en

el tiempo pudiesen explicar lo que acontece en el presente. En este modo de hacer historia se busca simplemente enlazar algún problema de actualidad con circunstancias que, sin conexión directa, se presentaron hace años o centurias en un contexto diferente: se olvidan entonces muchos de los cambios acontecidos durante largos períodos así como avances y retrocesos de importancia, pues se buscan simples similitudes abstractas, fáciles de encontrar pero vacías de contenido concreto. Si encontramos hoy, por ejemplo, una tendencia hacia el caudillismo personalista en muchas sociedades latinoamericanas y lo atribuimos sin mayor reflexión a un modo de ser que hunde sus raíces en lo ocurrido hace doscientos años ¿cómo explicar, entonces, los largos períodos de respeto a las instituciones que han tenido muchas sociedades, las épocas en que no se presentó, o que pudo conjurarse, esa forma particular de hacer política?

El otro error al que queremos referirnos es, por el contrario, el de negar todo peso y todo valor explicativo a la tradición, al pasado, que condiciona sin duda –y a veces fuertemente– lo que sucede luego en épocas más próximas. Es exigir a hombres de otros tiempos la lucidez que podemos tener hoy, cuando conocemos las consecuencias de sus actos, olvidando que todos los cambios, aun los más radicales, deben pagar su tributo a ese pasado que se pretende desarraigar de una vez, de modo revolucionario. Los líderes de la independencia de nuestras naciones trataron, en muchas ocasiones, de romper con un pasado al que querían sepultar para siempre, abandonando instituciones, ideas y modos de actuar propios de la colonia. Pero tuvieron que ceder, al final, al peso enorme de las formas de conducta heredadas, conformándose con lograr sólo algunos de los cambios que habían soñado. Hoy mismo, cuando evaluamos nuestras sociedades, debemos entender que no es posible construir un mundo a la medida de nuestros deseos, que no está en nuestras manos rediseñar la sociedad como si se tratara de un objeto inanimado, inerte y dócil ante nuestras intenciones.

2. La encrucijada de la independencia

La América hispánica enfrentó una ruptura institucional que no sufrieron, por razones diferentes, ni las 13 colonias inglesas del norte del continente, ni el extendido dominio portugués del Brasil. Enfrentadas a un verdadero colapso de la monarquía española, avasallada por Napoleón, los

españoles-americanos rompieron finalmente los lazos con la corona ibérica y se enfrentaron a la inmensa tarea de construir naciones independientes. Después de la derrota de Napoleón se extendió por Europa una ola de renovado absolutismo: la restauración de los Borbones en Francia y España y el acrecentado poder de Rusia y Prusia hicieron que el mundo presentara, por un tiempo, una faz completamente opuesta a las ideas republicanas que habían triunfado en los Estados Unidos y también al parlamentarismo británico. Pero las nuevas naciones, los nuevos líderes, no podían abrazar, por supuesto, la idea de mantener la monarquía absoluta. Precisamente contra ese modelo de gobierno habían luchado, contra el despotismo de unos Borbones que todavía reclamaban su imperio.

Rechazando la monarquía absoluta, y no pudiendo poner en práctica una monarquía constitucional semejante a la inglesa -porque la idea resultaba ajena a las tradiciones de estas tierras y no había casa real dispuesta a asumir tan gigantesca tarea- las nuevas naciones se inclinaron rápidamente hacia la creación de repúblicas de corte más o menos democrático. No era posible crear de la nada una monarquía con la suficiente legitimidad como para hacerse cargo de la organización de estas nuevas naciones, pero también se carecía, como pronto pudo apreciarse, de los valores, las tradiciones y la práctica que había desarrollado, durante más de un siglo, las trece colonias del norte. Por eso, con sólo algunas pocas excepciones, siguió a la independencia un período de perturbadora inestabilidad.

Emergió entonces un fenómeno peculiar de estas tierras, el caudillismo, que puede considerarse como el sistema político más primitivo posible, y que es una respuesta a la carencia de una institucionalidad aceptada y compartida, legítima y con el suficiente arraigo como para que la respeten todas las fuerzas políticas. En estas difíciles condiciones tuvieron que resolverse los agudos problemas que se presentaban a sociedades que, sin la suficiente preparación, debían afrontar los desafíos de una vida independiente. Hace dos siglos no había unas fronteras claras para las nuevas naciones que irían a formarse, no existía un acuerdo ni una convicción compartida respecto a qué entidad o entidades podrían concretarse en el nuevo escenario que emergía con el siglo: desde los sueños de una gran república que abarcara desde California hasta la Patagonia, hasta la creación de estados pequeños, construidos alrededor de una ciudad, muchos fueron los proyectos que se propusieron, adoptándose finalmente –y por desgracia, casi

siempre por la vía de las armas- algunas de las fronteras que virreinos, audiencias, capitanías o intendencias tenían previamente. Otras cuestiones políticas de fondo surgieron también en esos tiempos: la pugna entre federalistas y centralistas (‘unitarios’ en el sur) y la clásica división entre conservadores y liberales, muy propia de la época, que incluía el delicado tema del papel que debería asumir la iglesia católica en las nuevas naciones.

Intensas fueron las luchas que, durante décadas, desgarraron a casi todas las nuevas naciones llevando a innumerables guerras civiles, golpes de estado, levantamientos y dictaduras que empobrecieron aún más a unos países que carecían de la mínima infraestructura física necesaria para la comunicación y el comercio y no habían desarrollado suficientes lazos mercantiles con el exterior, restringidos fuertemente durante el largo período colonial.

3. El liberalismo del siglo XIX

Por fin, hacia la mitad del siglo XIX, después de un período en que casi siempre habían dominado las fuerzas conservadoras, la región giró hacia nuevas ideas, nuevas formas de organización económica y un más estable modelo político. Los liberales fueron llegando al poder en la mayoría de los países, muchas veces luego de alzamientos y luchas internas de no poca violencia. Su liberalismo tenía ciertas peculiaridades, propias de la región y de la época, que vale la pena destacar: favorecía el libre comercio con el exterior y, para eso, impulsaba la creación de la infraestructura necesaria para desarrollarlo –puertos, ferrocarriles, caminos-, mientras trataba de fomentar la producción agrícola, pecuaria y minera por medio de leyes y estímulos apropiados. El liberalismo del siglo XIX consideraba que una población poco educada mantenía a los países en el estancamiento, y por tanto daba especial importancia a la educación pública y, en muchos casos, a las políticas destinadas a atraer inmigrantes de mayor cultura y más consolidados hábitos de trabajo. La mayoría de sus líderes era marcadamente anticlerical, lo que llevó a imponer políticas muy restrictivas contra la iglesia católica que, es importante mencionarlo, había acumulado hacia la mitad del siglo un impresionante poder, no sólo espiritual, sino también material y en buena medida político. Este anticlericalismo, ante el que reaccionaba vivamente una Iglesia dispuesta a defender su papel protagónico en la sociedad –y

también sus privilegios- provocó intensas luchas que provocaron no poca inestabilidad en varias naciones.

Pero el liberalismo al que nos estamos refiriendo era, en lo político, sumamente discutible: sus líderes no defendían con claridad el principio del gobierno limitado ni eran demócratas que confiaran en el libre juego de partidos contrapuestos, con la alternabilidad propia de regímenes estables y basados en un consenso alrededor de ciertas instituciones fundamentales. Eran, en muchos casos, caudillos políticos o militares que eliminaban de un modo despiadado a toda oposición, que se perpetuaban en el poder sin límite –como en el caso paradigmático del mexicano Porfirio Díaz- y que no vacilaban en recurrir a la fuerza para imponer su voluntad. En muchos sentidos el liberalismo de la segunda mitad del siglo XIX estaba fuertemente influido por las ideas positivistas, en boga en aquellos tiempos, y por un afán constructivista que se concentraba en crear las bases de un estado nacional funcional, sin prestar demasiada atención a las libertades políticas de los ciudadanos. Por eso, durante un largo período, y en muchos países, América Latina osciló entre dictaduras de tipo personalista –a veces progresistas, pero no siempre ilustradas- y breves lapsos de euforia en que las libertades políticas eran ejercidas sin mucho freno constitucional, desembocando en períodos de caos que llevaban a la imposición de nuevas dictaduras, porque se buscaba entonces al “hombre fuerte” capaz de poner orden en un acontecer político sacudido por intensas convulsiones.

A pesar de estas limitaciones no puede negarse que, durante este período, la región avanzó enormemente tanto en lo político como en lo económico. Se dejó atrás definitivamente el trauma de la ruptura con el imperio español, se creó una infraestructura física que alentó la producción y el comercio y se logró por fin una vinculación estable con el mercado mundial: los latinoamericanos exportábamos productos primarios –agrícolas, ganaderos o mineros- e importábamos los bienes industriales que permitieron crear sociedades más modernas, reducir notablemente la miseria y crear un ambiente de progreso que, si bien limitado, contrastaba de un modo notable con el estancamiento anterior.

4. Las crisis del siglo XX y el nuevo “modelo de desarrollo”

Este modelo de desarrollo, sin embargo, sufrió serios impactos que produjeron en la región severas crisis. Las dos guerras mundiales y la Gran Depresión de los años treinta provocaron una interrupción de ese vínculo internacional que había propiciado el desarrollo económico, llevando a situaciones que, en muchos casos, resultaron sumamente conflictivas. La Primera Guerra Mundial detuvo en parte el intercambio y el crecimiento que se había producido hasta esa fecha, pero mucho más duro fue el efecto de la crisis económica que comenzó con el crack de la bolsa de Nueva York en 1929 y pronto adquirió características de una auténtica y prolongada depresión.

Las dificultades económicas, agravadas por un creciente proteccionismo mundial y la tendencia a la autarquía que se expandió rápidamente, provocaron cambios políticos en nuestra región que erosionaron el modelo liberal anterior y propulsaron formas de gobierno de tipo autoritario y populista. Tales circunstancias se agravaron aún más luego del estallido de la Segunda Guerra Mundial, de modo que puede decirse que, durante casi dos décadas, la región estuvo sometida a tensiones para las cuales no estaba realmente preparada: si la vinculación al mercado mundial había producido un período de crecimiento y de expansión que sanaba antiguas heridas y abría las puertas hacia la modernización de nuestras sociedades, la propia disrupción de ese mercado mundial produjo entonces el efecto adverso de paralizar en gran parte el desarrollo económico. Pero esta no fue la peor consecuencia que sufrimos: más importante que la volatilidad de los índices de crecimiento fue el cuestionamiento profundo que, a partir de 1930, surgió contra la idea de que el progreso económico y social podía lograrse sobre las bases del libre mercado y la democracia de tipo liberal. En esto, por supuesto, América Latina no resultaba una excepción, pues la inmensa mayoría de las naciones se apartó, a partir de esta época, de las ideas que acabamos de mencionar.

A partir de la mitad del siglo XX se adoptó en la región un nuevo modelo de crecimiento que contrastaba con el anterior, y que ya no se basaba en la exportación de productos primarios y la importación de manufacturas y bienes de capital. La idea de crear una amplia base industrial como requisito indispensable para lograr el desarrollo se generalizó y cobró respetabilidad

académica a partir de la prédica de la CEPAL, la Comisión Económica para la América Latina de la ONU cuya dirección asumió el economista argentino Raúl Prebisch. Se adoptó entonces la visión de un “crecimiento hacia adentro”, basado en la expansión del mercado interno y la industrialización por sustitución de importaciones, como forma de generar una industria de invernadero que, en algún indeterminado futuro, podría competir en el mercado mundial. Las herramientas que se emplearon para propiciar este modelo fueron el proteccionismo –que, en definitiva, encareció los bienes disponibles y empobreció a la población- y la extendida e intensa intervención del estado en la economía, que pronto comenzó a fijar precios para los artículos de primera necesidad, controlar las tasas de interés, los intercambios de moneda extranjera y toda la actividad productiva en general. Este intervencionismo estatal no se detuvo allí: subsidios de todo tipo, creación de empresas estatales en los sectores que se denominaron “estratégicos” y una ampliación inmensa del número de los empleados públicos y del gasto del estado fueron las consecuencias más directas de una política que, dentro de la idea general de nacionalismo económico, en algunos casos se acercó francamente al socialismo.

Los resultados, como es sabido, no fueron buenos. Un creciente endeudamiento llevó a una crisis general -a comienzos de los años ochenta del siglo pasado- que obligó, luego de un período de confusión, a la aplicación de reformas fiscales y económicas que abrieron la economía y enterraron de modo sumario el modelo de nacionalismo económico que se había seguido durante varias décadas, con resultados muy poco favorables: comparadas con las economías del Asia Oriental, por ejemplo, las nuestras fueron quedando rezagadas, cada vez menos importantes en el concierto mundial.

5. De las reformas a la actualidad

Las reformas que se hicieron a partir de 1980 no significaron la adopción de un nuevo modelo de crecimiento basado en la libertad de mercado y el estado de derecho, sino un conjunto de

medidas coyunturales que, si bien positivas y en muchos casos de cierta profundidad, no tuvieron la coherencia ni la amplitud necesarias como para señalar con claridad un nuevo camino: se mantuvieron aún privilegios de todo tipo y, en especial, se continuó con una política social destinada a transferir recursos entre diversos sectores de la población como medio de combatir la pobreza, se mantuvieron arcaicas e inaplicables leyes laborales, se continuó con los controles, la burocracia estatal y las restricciones de todo tipo a la creación de nuevas empresas. Desde el punto de vista político tampoco se lograron muy sólidos resultados: si bien puede decirse que, a partir de esta época, cesaron las dictaduras que habían vulnerado las libertades políticas de los ciudadanos, no se avanzó sin embargo hacia la consolidación de unas instituciones respetadas por todos. Al concentrar la acción del estado en políticas de redistribución de la riqueza se ha hecho más frágil la democracia latinoamericana, pues han surgido fuertes inclinaciones populistas y, de paso, se han abandonado las funciones esenciales del estado en cuanto a seguridad y defensa. En América Latina se persigue aún crear un “estado de bienestar” similar al que existe en Europa o en los Estados Unidos, pero -con recursos mucho más menguados- se recurre a una carga impositiva desproporcionada para países que todavía necesitan crecer a toda velocidad para lograr esos mismos fines sociales que la política estatal, de algún modo, impide.

A las frustraciones que produce esta falta de adecuación entre lo que se reclama al estado, como supuesto benefactor, y lo que éste puede hacer en condiciones económicas poco apropiadas, puede atribuirse en buena medida la emergencia de los nuevos populismos autoritarios que se han extendido en la región. Estos populismos se caracterizan por presentar, tras una fachada democrática, auténticas restricciones a las libertades políticas y económicas, convirtiéndose en la práctica en dictaduras personalistas encubiertas. Su política económica es regresiva, especialmente en el sentido de atentar contra el derecho de propiedad de un modo amplio y recurrente y de buscar, aunque sin la coherencia de otras épocas, un nacionalismo económico que amplía el sector estatal, pone en sus manos los consabidos “recursos estratégicos” y eriza de controles la actividad privada.

Estos populismos, sin embargo, no han logrado ampliarse más allá de cierto punto y, después de un período de expansión, parecen limitarse ahora a controlar sólo algunas pocas naciones de pequeño y mediano tamaño. Esto ha sido así por dos razones: porque en gran medida se basaron

sobre unos ingresos fiscales acrecentados por el aumento del precio de las materias primas – como en el caso notable del petróleo venezolano- y porque la región, en alguna medida, posee defensas ideológicas que hacen más difícil el camino de los caudillos del siglo XXI. Para volver a lo que decíamos al comienzo de esta exposición: no podemos presentar una visión triunfalista al hacer el balance de estos doscientos años, pero tampoco tiene ningún sentido pasar por alto todo lo que se ha logrado en este tiempo, los desafíos que se han superado, las metas que se han alcanzado, aunque éstas se encuentren en realidad muy por debajo de nuestras expectativas.

6. A modo de balance

Los latinoamericanos, en un largo proceso, logramos construir estados nacionales capaces de operar, al menos, con cierta eficiencia. Esos estados, afortunadamente, sólo en muy contados casos se han embarcado en verdaderos conflictos bélicos, pues con las excepciones de las guerras del Paraguay, del Pacífico y del Chaco sólo se han presentado confrontaciones menores, escaramuzas fronterizas que no han representado grandes costos en vidas humanas. Desde hace casi ochenta años la región está básicamente en paz, lo cual contrasta con los violentos conflictos mundiales que se han producido en otras partes del mundo.

Tampoco Latinoamérica ha tenido que sufrir, en general, los devastadores efectos del comunismo. Con la excepción de Cuba, que mantiene aún ese opresivo régimen, y la de Nicaragua –que tuvo que soportarlo durante algo más de una década- la región se ha inclinado muchas veces hacia la izquierda, pero sin llegar a los extremos que se vivieron en Europa y Asia. Es cierto que, generalmente a través de despiadadas guerrillas, se ha intentado llevarnos a esta forma de dictadura en reiteradas ocasiones, pero esos intentos no han tenido éxito debido al rechazo de la población y a la acción contrainsurgente que se emprendió en muchos países. El peor efecto de la política marxista insurreccional ha sido el de desestabilizar a los gobiernos de la región, debilitándolos en algunos casos seriamente, llevando a golpes de estado, estados de excepción y, en general, a un alejamiento de la vida institucional republicana.

América Latina, surgida a la existencia independiente cuando casi todo el mundo era gobernado por unas pocas potencias coloniales, logró entrar al concierto internacional después de décadas de conflictos internos gracias a su vinculación a los mercados mundiales. Más de medio siglo de fructíferos contactos permitieron un desarrollo notable, que alcanzó su cúspide aproximadamente hacia 1930. Pero luego, políticas económicas intervencionistas y una orientación nacionalista hicieron que la región fuese perdiendo peso en el concierto mundial: sólo después de mucho tiempo, y de profundas crisis, los países comenzaron un ciclo de reformas, en general bastante tímidas, que permite abrigar algunas esperanzas no del todo infundadas. Pero el rezago que todavía es fácil percibir no debe atribuirse, entonces, a alguna imprecisa herencia colonial imposible de desterrar sino a políticas concretas, a acciones definidas que nos apartaron de la senda del progreso y del crecimiento económico que ha experimentado una buena parte de la humanidad. La prueba está en las décadas de crecimiento, en la estabilidad política lograda en varias naciones, en todo lo que se construyó durante el período que va de 1860 a 1930 y que luego en gran parte se ha perdido.

La situación actual de la región está condicionada, en buena medida, por el carácter de las reformas mencionadas, las que se llevaron a cabo a finales del siglo pasado. No fueron un fracaso, como lo pretende la izquierda socialista, pues han dado estabilidad económica, han alejado la inflación y han hecho que Latinoamérica pueda pasar con bastante soltura la penosa situación económica que viven muchas naciones ricas. Pero han sido insuficientes como para dar una fisonomía nueva a la región: no han abrazado con resolución el camino de las libertades económicas ni han llevado a una sólida institucionalidad política capaz de superar las tentaciones caudillistas que todavía soportamos. Se ha confiado en la democracia como forma de gobierno opuesta a las anteriores dictaduras, pero ésta ha resultado una democracia más apegada al designio volátil de las mayorías que al respeto de los equilibrios entre los poderes y al respeto a las libertades individuales.

Por eso, para terminar, debo insistir en que es preciso robustecer las instituciones republicanas que evitan la concentración del poder, otorgan garantías a las minorías y respetan decididamente la vida, la propiedad y la libertad de todos los ciudadanos. En que es necesario eliminar controles y restricciones que nos impiden competir en un entorno mundial donde las nuevas tecnologías y

la inventiva humana nos retan continuamente a superarnos. Que debemos desacralizar al estado y retornarlo a su papel, no como oscura maquinaria que vanamente intenta la igualación económica y social sino como garante de la seguridad y el orden que todos necesitamos para vivir y prosperar en paz.

Carlos Sabino
Guatemala, 2011